

Concurso de Literatura 2020
3º Premio – Cuento Familiares



CARLOS ALBERTO GARCÍA

Ricardito

En el diario Clarín.com Espectáculos/Música/ del día nueve de mayo de dos mil veinte, leo: "Little Richard, uno de los padres fundadores del rock'n'roll, que impuso todo un estilo a través de sus alaridos, su vestimenta extravagante y su particular forma de cantar, murió este sábado, según lo anunció su hijo, Danny Jones Penniman, a la revista Rolling Stone, aunque no reveló las causas del fallecimiento. El pianista y cantante de "TuttiFrutti", "GoodGolly Miss Molly" y "Long Tall Sally" es considerado uno de los padres fundadores del movimiento. Tenía 87 años."

Esta noticia, que casi me pasó inadvertida, inmediatamente me transportó a los primeros años de mi vida que, a la vez, son los últimos de mi feliz infancia. Bueno, ahora a la distancia me doy cuenta que si bien puedo decir feliz también podría decir que fue un poco complicada justo en ese período, pero en ese momento no lo sentí así. Volviendo a la noticia quiero decir que ella reavivó un momento de mi vida que hacía muchos años estaba olvidado.

He aquí que, sin mucho pensarlo, me encontré ingresando al Túnel del Tiempo.

Andábamos promediando nuestros inocentes doce años cuando nos pegamos el faltazo al colegio. No era la primera vez que me hacía la rabona con los

hermanitos Romero, junto a Rodolfo y a Julio; todos amigos del barrio y compañeritos de la Escuela número Nueve de Martínez.

Lo teníamos decidido desde mucho tiempo antes y ya no quedaban tantas oportunidades para hacerlo. A esa altura del año escolar, que ya casi terminaba, ninguno de nosotros tenía expectativas de ingresar al cuadro de honor. Solo albergábamos, en nuestro caso, aprobar sexto grado, que por esos tiempos era el último de la educación primaria.

Nuestros destinos eran habitualmente alguna plaza de la zona, en donde poder encontrar hamacas, algún sube y baja, la calesita voladora y todo otro juego recreativo para nuestros tiempos.

Pero esta vez habíamos planeado hacer algo diferente, algo top, para lo cual era necesario solucionar algunas trabas, como ser, encontrar un buen lugar para esconder nuestros blancos guardapolvos y poner a salvo nuestros escasos útiles. Era lógico que no podíamos andar llamando la atención y hacer visible nuestra falta.

La idea era ir al famosísimo Parque Retiro que, como su nombre lo infiere, estaba ubicado en la Estación Retiro, justo frente a la Plaza de los Ingleses.

Juntamos unas pocas monedas que debíamos administrar de manera excepcional pues de ese pozo, de ser necesario, debíamos pagar el pasaje del tren que nos llevaría desde la estación Martínez a la estación Retiro; aunque, a decir verdad, era fundamental evitar el pago del boleto, para lo cual teníamos que eludir al Guarda. Para ello era de suma importancia adoptar un prolijo comportamiento. Digo prolijo, que quiere decir comportarnos como si fuéramos usuarios habituales

del tren: viajar en silencio, intentando sentarnos por separado, simulando viajar con alguna familia de ser posible, o cerca de personas mayores y así pasar desapercibidos.

Con suerte pudimos evitar encontrarnos con el señor inspector sin tener que hacer ninguna maniobra especial, porque cuando abordamos el tren, éste ya había revisado el vagón.

El pozo estaba intacto y listo para ser gastado por cada uno de nosotros en las miles de atracciones a las que la feria indisimuladamente nos invitaba a disfrutar. De hecho disponíamos de un tiempo escaso pues estábamos en la supuesta hora de clase y no podíamos volver mucho más tarde de lo habitual.

Ya dentro del parque no podíamos creer todos los juegos y distracciones que pretendían captar nuestros pocos recursos. Era un mundo nuevo, deslumbrante. El clown con sus malabares, los enanitos haciendo piruetas, el señor que decía que iba a tragar un enorme sable, obviamente una vez que los interesados en verlo pagaran la correspondiente entrada a una pequeña carpa. Un señor con el torso descubierto y un gran turbante rematado con una inmensa pluma azul bebía de una pequeña botella y escupía fuego en llamaradas que parecían tocar el cielo; lo acompañaba una odalisca que bailaba, promocionando un espectáculo que ahora no me viene a la memoria. Un mago que con ampulosos movimientos de su varita echaba a volar blancas palomas de su negra y aterciopelada galera. En el medio del predio un circo con su colorida carpa de un solo mástil que asemejaba una gran sombrilla, bajo la cual se podía ver al maestro de ceremonias con su impecable

uniforme rojo, botones y charreteras de oro, invitando, con un megáfono, a presenciar el “imperdible” espectáculo. Más allá, al costado del Circo estaban las maquinitas, que poniendo apenas una moneda, liberaban el uso de una manivela que al hacerla girar reflejaban en el visor del aparato figuras en movimiento, como en una película. Todo era mágico, sorprendente, maravilloso.

Así y todo, nosotros debíamos elegir con cuidado los juegos a fin de optimizar el uso de nuestras monedas. Si bien nos juramentamos no separarnos dentro del parque, cada uno de nosotros podía usar su parte en el juego que más fuera de su agrado; por ejemplo, Cacho, que era el mayor de los Romero, Julio y yo sacamos boleto para el tren fantasma; Rodolfo y Marito, el menor de los Romero, prefirieron subir a la sillita voladora. Luego los cinco subimos a la vuelta al mundo. Eso sí que estuvo bueno. El puerto con sus enormes barcos y la ciudad toda, se podían ver cuando la rueda nos llevaba hasta lo más alto de su recorrido. ¡Espectacular! Nos gustó mucho. Recuerdo que no pudimos subir a la Montaña Rusa ni a ningún otro juego mecánico porque nuestras visibles cortas edades requerían del acompañamiento de alguna persona mayor.

Bueno, con nada de dinero y escaso tiempo, pegamos la vuelta. Camino a la salida, escuché una música muy pegadiza cuyo fuerte sonido despertaba la curiosidad de los concurrentes. Sin duda eran los inconfundibles compases del Rocanrol. El rock estaba en su apogeo; era la música de moda. “PASEN A VER A RICARDITO”, decía el cartel, invitando a presenciar el show del rocanrolero. Se trataba de Ricardito. No lo podía creer. Quedé impactado y me puse a esperar a que comenzara el espectáculo. Ricardito cantando *Sally La Lunga*. Ya nada sería

igual para mí. Por unos pocos centavos estaría frente a un ídolo del Rocanrol; una estrella internacional cuyas canciones se escuchaban frecuentemente en la radio. Pagué la entrada con las ultimas monedas disponible, luego de guardar el importe justo para el viaje de regreso, mientras mis amigos prefirieron gastar sus últimos centavos entrando al *Globo de la muerte*, el de las motos.

Por mi lado, entré a esa especie de salón con pocas sillas desparramadas para esperar al artista, mientras sonaban los acordes de TutiFruti y Lucila. De repente se encendieron las luces enfocando el pequeño escenario y apareció el cantante negro, vistiendo un saco cubierto de brillos de todos los colores; contorsionándose agarrado al resplandeciente micrófono al compás de la música de Sally La Lunga. Al escuchar esos inconfundibles chillidos, entré en un grado de exaltación nunca antes vivido en mi corta edad. Saltaba y aplaudía sin cesar. Terminó la canción, el negro saludó y rápidamente desapareció de la escena. Mientras me recomponía de semejante espectáculo, aprestándome a salir del lugar casi soy atropellado por Ricardito que se colocó nuevamente en la puerta invitando a una próxima función. Me acerqué con intención de pedirle una foto o un autógrafo pero no me animé. Además ya era tarde. Al salir me estaban esperando preocupados, ya con el tiempo justo para volver. Regresamos contentos, satisfechos; ellos recreando el espectáculo que eligieron: las motos girando dentro de un globo plateado donde un motociclista daba vueltas sin solución de continuidad.

Pasado un tiempo, unos pocos meses diría yo, acompañé a mi padre a la estación de Retiro a enviar una encomienda por el ferrocarril y de paso hacer unas

compras en comercios del centro. Cuando salimos de la oficina postal ambos observamos con sorpresa la demolición de lo que fuera el Parque Retiro. Habían clausurado la parte oeste, la que daba a la avenida Del Libertador y estaban tirando abajo el paredón que encerraba esa parte del Parque. Recordé el momento vivido cuando Ricardito me deslumbró con su Rock and Roll. Papá me comentó que había concurrido en más de una oportunidad. Yo me mordí para mantenerme callado.

Mientras esperábamos el tren para volver, papá se acercó al quiosco a comprar cigarrillos y caramelos para el viaje mientras yo me quedé pacientemente sentado en el banco del andén. A punto de abordar el vagón, escuché a mi padre teniendo un encuentro con un amigo a quien saludó efusivamente mientras yo seguía imbuido en las aventuras que proponía el Rayo Rojo, pequeña revista de historietas para chicos. De repente, levanto la vista y veo que el amigo de mi papá era un señor negro, con una frondosa cabellera mota. Lo miré detenidamente, pero con disimulo. Sospeché. Observé su blanca e impresionante dentadura, sus dedos largos y afilados; sus llamativos anillos. No lo podía creer ¡Qué sorpresa! Sí, sí, era él. Sí señor, mi viejo era amigo de Ricardito. A pesar que no vestía la ropa destellante de su show, no me quedaron dudas que era RI-CAR-DI-TO, el rockero, el de Sally, el del Parque Retiro.

Ya en casa encaré a mi mamá, le conté del encuentro de papá con ese amigo. Le hice saber de la alegría que le provocó verse otra vez con esa persona que hacía mucho no veía. Mi mamá sonrió. Y yo esperé que hiciera las preguntas de rigor; aquellas necesarias para darme la posibilidad de ahondar en esa relación. Recuerdo

que antes de terminar con el tema le comenté que el amigo era un negro mota. Tuve la impresión que esa última frase no pasó desapercibida.

No me equivoqué pues, cuando quedaron a solas, o al menos eso pensaron, mi madre hizo preguntas de las que solo pude entender palabras sueltas: “otra vez con el uruguayo” “trabaja en un show”, “fonomímica”, “negro Méndez”; y otras por el estilo que no pude relacionar en lo que sería una conversación, aunque ahora que lo pienso, quizás yo no quería entender. Algo así como cuando empezás a sospechar que los reyes son los padres. Buscás saber la verdad, pero no del todo.

Mi viejo, por aquellos años, era una persona muy elegante, delgado, de mediana estatura, cabello castaño claro peinado a la gomina, ojos celestes; un gringo bien parecido y de buenos modales. Un tipo interesante. Daba apariencia de un exitoso comerciante o bien, un destacado profesional. Pero nada más alejado pues no tenía profesión ni oficio conocido. Empleado del Jockey Club de San Isidro, atendía la venta de boletos de apuestas en el Paddock del hipódromo, trabajando solo los fines de semana.

En vísperas de las fiestas navideñas, fuimos al centro a comprar guirnaldas para el arbolitode navidad, así que estuvimos recorriendo algunos negocios del ramo y pude elegir los adornos. Cuando mamá se enteró de las compras, lejos estuvo de alegrarse; por el contrario, tuvo una fuerte discusión con papá. Le decía que sospechaba de su vuelta a las andanzas. Las cosas no siguieron bien entre ellos.

Otro día llegó a casa una citación para que mi papá se presentara en la comisaría para hacerle algunas preguntas. Cuando regresó, mamá le pidió la separación y estuvieron unos días distanciados. Pasado este desagradable episodio, estando todos más tranquilos, me animé a preguntarle, como quien no quiere la cosa, por su amigo el negro mota. Y la respuesta fue inesperada. Horrible. Me dijo que a la salida de un show su amigo había fallecido atropellado por un automóvil.

Murió Ricardito y para mí, que había llegado a conocerlo fue un momento triste. Ya no quise escuchar sus canciones; quité de mi carpeta del colegio una foto que recorté de *El Alma que Canta* la revista que publicaba letras de canciones. A decir verdad su desaparición me impactó mal. Pronto lo dejé en el olvido. Murió Ricardito y con él Sally La Lunga. Con él también cayó en el olvido aquella travesura, que hoy sorpresivamente regresa del pasado.

Recuerdo que estábamos en la playa tomando mate y hablando de bueyes perdidos cuando, juntando coraje, le preguntea mamá por aquel episodio que terminó con el momentáneo alejamiento de papá, que luego se transformó en una separación definitiva. Me comentó que aquel día la policía allanó nuestro domicilio en busca de objetos robados por el uruguayo Walter Méndez, el negro amigo de papá. Méndez vino de la vecina orilla a trabajar con los caballos de carrera, pero no tuvo suerte, lo que lo llevó a realizar todo tipo de trabajos para subsistir. Tenía mucha facilidad para embaucar incautos y despojarlos de sus pertenencias; con su verborragia convencía rápidamente a sus víctimas. El amigo de papá también se dedicaba a robar en viviendas de la zona. Es de suponer que mi viejo con su buena

imagen se encargaba de reducir lo producido. Es decir, vendía lo hurtado. El negro fue sorprendido in fraganti y al querer escapar encontró su destino final atropellado por un vehículo que no pudo frenar a tiempo. Su último trabajo decente había sido el de realizar la fonomímica de Ricardito en el Parque Retiro.

La última vez que estuve con mi padre fue cuando me gradué en arquitectura. Me obsequió un set de lapiceras de nácar con su capuchón de oro, que conservo con mucho cariño y jamás me atreví a dudar sobre la procedencia de las mismas. Aunque nunca las usé, de vez en cuando abro el estuche y le pego una mirada. Luego, papá se radicó en España y ya no lo volví a ver ni a saber nada de él.

Espero que la desaparición de Little Richard, para mí la segunda, sea la definitiva de Ricardito y de aquella época tan inocente de mi niñez.